

17/12/2009

JESUS CONDE

Los "sin techo"

Ojo de buey

Según datos de la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía (APDHA) en la comunidad autónoma andaluza hay alrededor de 7.000 personas sin hogar. Por otra parte, en Sevilla, y gracias al servicio de voluntariado de Cáritas se atienden diariamente a más de 25 personas, siendo en 2008 7.442 las atendidas a nivel andaluz. En 2009 ha habido un notorio incremento en esta atención, significándose una falta de recursos considerable para los comedores sociales que no dan abasto. Pero, ¿qué será de los que no están en las estadísticas?, ¿de los que ignoramos su existencia?... Y es que

Los "sin techo" sobreviven a los mil y un avatares de la mañana, a las mil y una noches de insomnio y padecimiento. Tienen el cuerpo lacerado por un sinfín de cicatrices. Siempre en la cuerda floja, quebrándose, tropezando a cada paso de zapatilla llena de hilachas. Con las ganas aparcadas en las plazuelas de sus idas y venidas y los sueños agarrotados al adoquín aquel de aquella esquina. Místicos, tristes, cabizbajos, casi mudos, desamparados. Escudriñando el horizonte por ver que un aire de amor les venga. ¡Que los corazones de los demás son tan fríos y están tan lejos...!

Los "sin techo" se hallan todos reclusos en la incertidumbre de no se sabe qué tiempo. Todos resignados en la pendiente vertiginosa de un tictac gigante. En el sótano, todos, de la pirámide social, mal vistos, sospechosos y descaradamente odiados. Sometidos al escarnio de un carnaval delirante, que los tiene como muestra de lo oscuro, de lo ido y de lo vano. Tan sólo una mirada soñolienta, barata, de puro trámite, de vez en cuando. Tan sólo unos segundos suspendidos de los otros labios. Que a la vuelta del murmullo se los arroja al charco por lerdos y por rancios. Solitarios, a pesar de las buenas voluntades.

Los "sin techo" se mueren y son hallados muertos sobre los bordillos de las aceras con la última cavilación rondando por sus frentes todavía. Se mueren atrapados entre el humo gris, los cajeros automáticos, el hormigón y la velocidad suicida. Se mueren con las manos extendidas en la súplica de un algo que los devuelva a la vida. Se mueren en las madrugadas a destajo caídas. Se mueren en solares de soledad infinita, sin estrellas, en las afueras de la rutina, en la cara oculta de la ciudad asesina.

*** J. Jesús Conde es columnista del diario "Odiel Información"**